

Martes, 22 de enero de 2002

DIARIO DIGITAL DE LA
MANCHA

LA FIBROMIALGIA TIENE CURA

Remedio para un misterio

Un informático de Reus halla una fórmula que parece sanar la fibromialgia, dolencia “incurable” que él mismo sufría y de la que ha sanado 3 Un millón de españoles padecen esta extraña enfermedad

Álex Grijelmo, Madrid

Más de un millón de españoles padecen fibromialgia, una enfermedad que les hace sentirse cada día como si les hubieran dado una paliza. La mayoría de ellos tampoco puede sostener un vaso más allá de unos segundos, muchos no pueden mantener relaciones sexuales con normalidad, muestran mal humor, sufren tremendas depresiones y se concentran difícilmente en algo, no soportan el ruido y es fácil que como consecuencia de esto no sean capaces de trabajar y padezcan una fuerte incomprensión familiar. Algunos incluso se quedan paralíticos. Pero ahora pueden ver una luz al final del túnel: Alfred Blasi, de 34 años, un informático de Reus (Tarragona) que tenía la enfermedad ha dado con lo que parece un remedio fiable: una sencilla fórmula de minerales. Él estaba en silla de ruedas, recibió la incapacidad laboral permanente, pensó en suicidarse... Y ahora camina y juega al fútbol.

Enfermedad nueva

Los síntomas (en distintos grados) suman muchos males más, y se agravan en las mujeres (el 90% de estos enfermos) con fuertes dolores menstruales. Tal vez miles de personas se enteren leyendo este texto de que eso que ellos sufren se llama fibromialgia, porque hace muy poco que se diagnostica.

Los fibromiálgicos gastan dinerales en analgésicos, antidepresivos, relajantes musculares... Ese millón de españoles (y 20 millones de estadounidenses, y más de 15 millones de europeos) contribuyen con su dolor, por tanto, al negocio de los laboratorios farmacéuticos. Estas empresas se enfrentaban, pues, a la contradicción de que hallar un fármaco que curase la fibromialgia, lejos de ser un éxito económico, les haría reducir sus ingresos globales, al perder millones de clientes fijos. (Tal vez ninguno de los enfermos se muera de fibromialgia, pero hasta ahora se pensaba que todos morirían con ella). El terreno estaba abonado así para que una hipotética parte de la industria que careciese de escrúpulos viera un peligro en Alfred Blasi, que se dedicó a investigar su enfermedad creyendo que los científicos no iban a tener muchas oportunidades de hacerlo.

Es fácil que los enfermos hayan oído a multitud de médicos decirles: “Usted no tiene nada”. Porque nada sale en los análisis. Y eso agrava la incomprensión familiar. Además, ninguna especialidad parece haber hecho suya esta dolencia (aun cuando la reconozcan) si se les plantea una petición de baja laboral. Los psiquiatras echan la pelota a los reumatólogos. Y los reumatólogos a los psiquiatras. El caso es que si el remedio de Blasi se demostrara eficaz (y hay datos para pensar que lleva ese camino), la comunidad científica se enfrentaría a un claro peligro de ridículo.

El informático catalán había recibido el 28 de octubre de 1999 su certificado de

“incapacidad permanente absoluta” como enfermo de “fibromialgia crónica” (a los tres años de sufrirla). Ya no salía a la calle, usaba silla de ruedas y aparcaba su coche en una plaza de minusválido. Cuando la enfermedad se agravó, le llegaron a inyectar morfina en gran cantidad, para paliar sus tremendos dolores. El peor momento, sin embargo, lo sufrió cuando su hijo mayor (6 años) ingirió por curiosidad infantil la morfina que guardaba en la mesilla de noche (entonces vivía en la cama) y estuvo a punto de morir. Y además a él le interrogaron como presunto culpable de lo que le sucedió al chico. En aquellos días sólo dejaba de estar despierto dos horas cada 12 días. “Pero no dormía: perdía el conocimiento”, recuerda. Pensó en suicidarse, y se lo dijo a su esposa. “O me suicido, o lo investigo”. Prefirió investigar.

Gracias a Patarroyo

Leyó decenas de libros de medicina (tenía todo el tiempo para eso), buscó en Internet, probó diversos medicamentos... “Nada me daba el camino”. Habían pasado algunos meses cuando oyó decir al sabio médico colombiano Manuel Patarroyo que “la solución a muchas enfermedades está en la química básica”. Se fue entonces a las posibilidades más sencillas. Puesto que sus problemas eran básicamente musculares, buscó la base de los músculos, la composición proteínica de sus células... “Simplemente me terminé preguntando de qué estaba hecha una célula muscular sana”. Imaginó que algo de eso debía de faltarle a él. Las primeras conclusiones le llevaron a pensar que podía tratarse de un desequilibrio de varios minerales. Acudió entonces con frecuencia a una farmacia de Reus para que le sirvieran los minerales que componían la fórmula de una célula sana (magnesio, calcio, potasio, sodio...). Supuso que algunos de esos 25 minerales los tenía en sus células pero otros le faltaban. Empezó a beber sus propios preparados y empezó a notar mejorías. Y además, rápidas. En sucesivas combinaciones, retiró unos y otros minerales hasta quedarse con los cuatro que realmente le afectaban favorablemente (si quitaba éstos no mejoraba). Ya sólo le quedaba dar con la proporción idónea entre ellos. No corrió en todo ese proceso ningún riesgo, porque se trata de minerales que el cuerpo elimina con facilidad cuando le sobran. Tras un año de estudios y combinaciones, empezaba a curarse. o

Una extraña oferta

Cuando empezó a correr la voz, una misteriosa persona se puso en contacto con él y le ofreció comprarle la fórmula. Le puso sobre la mesa un contrato con la cifra en blanco, y oralmente le ofreció “no discutir ninguna cantidad por debajo de 2.000 millones”. Respondió que no, por una sola razón: “El contrato decía que la otra parte se reservaba la decisión de sacarlo al mercado o no. Y me imaginé que era alguien que quería comprarlo para que no se comercializara”. Al día siguiente de eso patentó la fórmula (tan sencilla que “cualquier médico que hubiera investigado habría llegado a ella”). Su farmacéutica habitual (la misma que le daba la morfina) le ayudó a seguir distribuyéndolo entre los enfermos hasta que entró en contacto con un laboratorio. Blasi le puso como condición que los beneficios que le correspondieran como dueño de la patente (el 28% de los ingresos) se destinaran a la atención a los enfermos y a la investigación sobre la fibromialgia. Y así se firmó. No quería ni una peseta, sólo que los demás se curaran como él. Llamaron al producto Recuperat-ion (uniendo el catalán “recuperat” a los iones responsables de su mejoría), y salió al mercado el pasado junio. Blasi puso como condición, precisamente, que se vendiese enseguida. No como medicamento (para eso hace falta un largo proceso burocrático) sino como

complemento dietético (se trata de sales minerales básicas). Pero por eso mismo, por no ser un medicamento, el laboratorio no puede hacer publicidad y anunciar que el Recuperat-ion cura la fibromialgia. Sólo 45.000 personas lo toman, tras saber toda esta historia por el boca a boca. La vida de Blasi ha estado desde entonces rodeada de amenazas y de trampas: por ejemplo, el Recuperat-ion fue retirado unos meses en varias comunidades autónomas por culpa de una acusación falsa. Y de despropósitos: por ejemplo, la burocracia no fue capaz de revocarle la incapacidad laboral permanente, aunque ahora juega al baloncesto con sus hijos. Ni la plaza de minusválido. Todavía la utiliza en Reus para estacionar su

coche, salir de él con toda comodidad y dirigirse corriendo hacia su casa.